

EL NARANJO DE BULNES

PEÑA-SANTA

POR

PEDRO PIDAL

Marqués de Villaviciosa de Asturias.



MADRID

RAMONA VELASCO, VIUDA DE P. PÉREZ DE VELASCO
Calle de la Libertad, núm. 31.

1919

EL NARANJO DE BULNES

PEÑA-SANTA

POR

PEDRO PIDAL

Marqués de Villaviciosa de Asturias.



MADRID

RAMONA VELASCO, VIUDA DE P. PÉREZ DE VELASCO

Calle de la Libertad, núm. 31.

1919

EL NARANJO DE BULNES

BULNES, aldea de pastores y cazadores de robegos, es el pueblecillo de Asturias que más se arrima al corazón de los Picos de Europa. Se va a él, desde Arenas de Cabrales, por un valle cerrado, en extremo pintoresco, lleno de acantilados y de rocas, por donde fluye el limpio río Cares, lleno de truchas, y como a unas dos horas de marcha por aquel paisaje dantesco, se abandona el río, tomando a la izquierda por un sendero, en ziszás, el más escabroso y alarmante que vi en los días de mi vida.

Bulnes está encajonado entre murallas de piedra y sólo al Este se perciben las praderías que dan acceso a la canal de Camburero. Entrad por esa canal endiablada, sin sendero alguno, y al cabo de un par de horas de marcha, os encontraréis con una peña colosal, tallada a pico por sus cuatro costados. Esa peña, el más célebre pico de los Picos de Europa, es el NARANJO DE BULNES.

Schoulz, el sabio alemán que tan concienzudamen-

te llevó a cabo la topografía de Asturias, le da en sus cálculos 2.380 metros de altura, y lo dibuja con la forma exacta de una columna, cilindro o chimenea de esa altura.

Prado le da 2.592, afirmando de él que es el único pico cerrado al hombre y al robezo. El conde de Saint-Saud y M. Labrousche, en sus notables estudios orográficos de los Picos de Europa, después de consignar que el nombre de Naranjo debe venirle de las estrías anaranjadas de su roca caliza, le atribuyen 2.515 metros.

«Nosotros—dicen—no hemos ensayado escalar esta roca vertical, que nos parece inaccesible con los medios actuales. Pasamos por su vertiente occidental el 30 de julio de 1892, y M. de Saint-Saud la ha examinado por su otra vertiente el 15 de julio de 1893, acompañado de Rafael Concha, dicho el *Monju*. Este famoso cazador de Bulnes cree que sería, en rigor, posible intentar la ascensión empleando con anterioridad una semana, por lo menos, en tallar agarraderas sobre su panza lisa.»

A pesar de lo que afirma Prado, de lo que dicen Saint-Saud y Labrousche, y de lo que refieren del *Monju*, ¿no sería acaso posible intentar la ascensión con una buena cuerda, sin necesidad de pasarse una o algunas semanas en tallar la roca? ¿Y no sería posible intentarla con alguna esperanza de éxito? Que otros habían fracasado en la empresa, ya lo sabía yo; pero si no da uno más pasos que los que dieron otros, ¿dónde está el mérito, dónde la originalidad, dónde las iniciativas?

Acaso esos otros, con grandes atrevimientos y energías suficientes, no dispusieron de tiempo y medios adecuados para ello; es decir, de una buena cuerda y de un día a propósito. De todos modos, para juzgar uno por sí mismo de la mayor o menor inaccesibilidad del gigantesco, bizarro y formidable monolito, era necesario estudiarlo de cerca, verlo cara a cara, palpar sus muros verticales. Por eso el año pasado lo examiné por sus cuatro costados, y juzgué totalmente inaccesibles las vertientes Sur, Este y Oeste. Respecto al lado Norte me quedaron algunas dudas y formé la resolución firme de deshacerlas al verano próximo, dado que los días eran ya muy cortos por aquel entonces, y que no disponía de una cuerda alpina a propósito. Además, tenía varios acompañantes, y por no sostener una disputa con ellos, que hubieran juzgado loco mi intento, consideré mejor dejarlo para cuando volviese solo.

¡Subir al Naranjo de Bulnes!... ¡Como quien no dijo nada! ¡Qué hazaña de alpinista más grande! Era para mí algo así como la toma de Port-Arthur para los japoneses.

Cada cual tiene su *chifladura* en este mundo, y yo prefiero denominar así mis caprichos, que denigrar ligero los del prójimo, sin duda porque no los comprendo. Trepar por una roca pelada, con un precipicio a la derecha y otro a la izquierda, para sorprender algún robezo en alguna revuelta, o contemplar un grandioso panorama en la cima, o salvar la misma dificultad que a uno y a otro conduce, será un placer de que se reirán muchos; pero es un placer soberano,

que me domina por completo, y ante el cual me considero... chiflado. Pero conste que no soy yo solo el que profesa esas aficiones. Desde que Whymper, el célebre excursionista inglés, el bardo de las montañas, se llenó de gloria inmarcesible al tocar la cumbre virgen del Monte Cervino, en Zermatt, y de los Grandes Jurásicos en el Mar de Hielo del Monte Blanco, y desde que sus libros, relatando sus escaladas, dieron la vuelta al mundo, una pléyade innumerable de hombres jóvenes, de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania, acuden todos los años a Suiza a probar las energías de su raza.

¿Qué idea me formaría de mí mismo y de mis compatriotas si un día llegase a mis oídos la noticia de que unos alpinistas extranjeros habían tremolado con sus personas la bandera de su Patria sobre la cumbre virgen del Naranjo de Bulnes, en España, en Asturias y en mi cazadero favorito de robezos?...

Esa posibilidad había de borrarla de las contingencias de lo porvenir, y para ello era de todo punto preciso llegar al santo, besar su peana y tratar de escalarlo, llevándose, con la imposibilidad de hacerlo uno propio, el juicio seguro de la imposibilidad de que lo efectuaran otros.

Por eso compré en Londres la mejor cuerda de alpinista que encontré, y me fui a Chamonix para «entrenarme», como dirían los franceses, haciendo la ascensión de la Aguja del Dru, afilado pico de 3.755 metros sobre el Mar de Hielo, y una de las más difíciles ascensiones.

De vuelta a Asturias, llamé a Gregorio el *Cainejo*

(habitante de Caín, que es el Bulnes de los Picos de Europa por el lado de Castilla) para hablarle de mi persistencia en estudiar de cerca el Naranjo, como le había dicho el año pasado.

Gregorio es el hombre fornido, cazador eterno de robegos, que vive en la peña mientras las nieves no le arrojan al valle; sus pies descalzos agarran como ventosas en las cornisas inclinadas de los acantilados infinitos que cuelgan sobre los precipicios de los Picos de Europa; desaloja al robozo de sus más inexpugnables torres, y lo mismo duerme al pie de un ventisquero que corre a cobrar un animal al fondo del abismo. Gregorio era el hombre que me convenía.

El 4 de agosto de 1904 dormimos Gregorio y yo, al par de unas cabras, al acabar la canal de Camburero. Salimos al amanecer con dirección al Naranjo, y a las ocho de la mañana habíamos almorzado ya junto a una fuente que nace en las estribaciones mismas del coloso. Habíamos llegado al Pico de Orriellos, como también por otro nombre le llaman, por el Norte, y conforme nos íbamos acercando lo fuimos estudiando, con la perfecta claridad que lo permitían nuestros buenos Zaiss prismáticos.

Esta vertiente Norte, única sobre la que nos habían dudas en cuanto a su inaccesibilidad, era muy sencilla: un descanso o saliente de la peña en el primer tercio inferior de la misma, y dos grietas verticales hasta la cúspide. Examinadas bien estas grietas con los anteojos, comprendimos, desde luego, que una de ellas, la de la derecha, era absolutamente impracticable. ¿Lo sería también la otra? He aquí un juicio que

no podíamos emitir desde luego; la teníamos demasiado lejos, dada su altura, y tan sólo podríamos formarnos uno aproximado desde su arranque, es decir, desde el descanso o saliente del primer tercio inferior de la torre. Pero, ¿podríamos llegar a él? Había que intentarlo. De este modo la ascensión, si era posible, se componía de dos partes: primera, *a la grieta*, y segunda, *por la grieta*.

Fortalecidos por el almuerzo, nos pusimos de nuevo en marcha, no sin haber observado antes la imposibilidad en que nos encontrábamos de alcanzar directamente el saliente, descanso o casi comienzo de la grieta por el Oeste, dado que lo teníamos todo completamente cortado a pico. Atravesamos entonces la base Norte del Naranjo para alcanzar el principio de las grietas por el Este, y en una hora, próximamente, llegamos a un punto en que tuvimos que dejar los morrales, los anteojos y los palos, todo, menos la cuerda, para marchar con el mayor desembarazo posible. Gregorio se descalzó y yo ajusté de nuevo mis sólidas alpargatas.

¿Qué teníamos delante de nosotros?... La serie de *llambrias* y la *llambrialina*.

Llambria, dice el Diccionario de la Lengua, es: «Parte de las peñas, que forma un plano muy inclinado y difícil de pasar». *Llambrialina*, llaman los montañeses a una llambria muy estrecha, muy lisa, muy inclinada y sin agarradero alguno vertiendo sobre el precipicio. Excuso decir que a mí, a pesar de tener alguna experiencia de la roca, todo me parecían llambrialinas, y que ordené a Gregorio formalmente

no pasar adelante en cuanto llegásemos al verdadero peligro, a la temeridad, pues yo guardaba cierto interés por mi pellejo, y no lo tenía menor por el de mi amigo, noble, leal y, además, como yo, padre de familia.

Partió Gregorio solo a explorar el terreno, mientras yo permanecía sentado contemplándolo, y lo vi agarrarse con los dedos crispados, deslizarse, alejarse poco a poco, y, por último, perderse de vista detrás de las llambrias. Un cuarto de hora, que me pareció un siglo, tardó en aparecer de nuevo y en gritarme que lo que veía (aún no era la grieta) «no le parecía tan malo».

Saltó mi corazón de gusto, y echándome la cuerda a la espalda, la emprendí con todo el seso del mundo a lo largo de las llambrias. Mis alpargatas ajustadas agarraban como pez en aquella roca, y donde engancharan mis dedos me parecía estar completamente seguro. Gregorio presenciaba mis operaciones desde el otro lado y me indicaba sus pasos. En esto llegué a la llambrialina, y allí me detuve un poco a considerarla de cerca y a familiarizarme con lo que hasta entonces no había visto parecido; pues ni la cornisa inclinada ni el precipicio me proporcionaron nunca ese recelo particular que me ocasionaba el pulimento absoluto de la roca, que no parecía sino que la habían dado con papel de esmeril y lustre encima. ¡Tal es el poder constante de las aguas! El *Cainejo* me gritaba que me descalzase; pero yo tenía más confianza en mis alpargatas especiales de la calle de la Salud.

Avanzando un pie para ver cómo cogía la alparga-

ta, hasta afianzarse, y luego el otro, con exquisito cuidado, y ambas manos sobre la izquierda para disminuir el peso, logré pasar los tres o cuatro metros de llambrialina... Cuando llegué a Gregorio le di una palmada en el hombro, significándole mi contento y mi seguridad, y después de tres o cuatro malos pasos llegamos al descanso.

¡Qué mirada de contento nos echamos en este primer triunfo de nuestro empeño! Cuando, mirando hacia abajo, veíamos el sitio donde habíamos almorzado, nos sorprendió sobremanera lo alto que nos encontrábamos en relación a lo bajo que nos parecía estar el descanso en comparación con lo que faltaba todavía para llegar a la cumbre. Echamos la vista al cielo y sólo vimos una parte de la grieta; la otra, la tapaban las nubes. Retroceder en aquel caso hubiera sido cobardía manifiesta. «¡Arriba! hasta donde podamos, Gregorio—le dije—, y no piense en mí, que yo llevo seguridad completa, ¡adelante!»

Sin decir más, nos atamos fuertemente la cuerda a la cintura, cada uno por un extremo, y empezamos la subida. El *Cainejo* tomó la delantera, lo más difícil, y yo seguí de cerca, poniendo los pies y las manos donde él había puesto los suyos, y así fuimos trepando un buen pedazo.

A veces mi compañero no alcanzaba el saliente a que agarrarse y entonces, mi cabeza primero y mi puño cerrado después, eran a modo de escabeles de un encumbramiento que no tenía nada de retórico. Una vez en firme, sus buenos puños, tirando de la cuerda, contrarrestaban el efecto de la gravedad en

mi persona. Y así subíamos y subíamos sin cesar, sin pronunciar más palabras que aquellas de «muy bien», «al pelo», «adelante», con que yo iba animando todo el tiempo al bravo amigo que tenía sin cesar por encima de mi cabeza.

Cuando la grieta se cerraba demasiado, poníamos la espalda a un lado y los dos pies al otro, empujando yo siempre al de arriba, tirando éste por mí a cada momento. No mirábamos abajo por no impresionarnos, por no distraernos del único objetivo y porque los cinco sentidos nos eran sumamente precisos. Pero cuando, a hurtadillas, lancé una vez la vista por debajo de mí... no vi nada, estábamos en plena niebla, en la nube.

Feliz casualidad, que nos borraba el peligro, si no de la realidad, al menos de su visión, un tanto incómoda. Apenas habíamos subido algunos metros, cuando los gritos de Gregorio y unos cuantos golpes en la peña llamaron mi atención sobre la inminencia de algún peligro, y me dejaron inmóvil, con la cabeza pegada a la roca. Una piedra más que regular, arrancada por la tirantez de la cuerda, pasaba roncando a algunos centímetros de mi oído. La oí desprenderse por encima de mí y la sentí pasar a mi lado; después... ¡nada...! Ni volvió a tropezar con la roca, ni la oí llegar a ninguna parte. Así, aunque la vista no nos decía gran cosa, el oído nos hacía comprender una porción de ellas alarmantes. Cuando se desprendía alguna otra, pegaba de nuevo la cabeza a la peña y tarareaba cualquier cosa, ya que me era imposible taparme los oídos.

De este modo fuimos subiendo por aquel canalizo estrecho e interminable, hasta que oí decir al *Cainejo*: «De aquí no pasamos, Don Pedro». ¿Qué había allí? ¿Qué clase de obstáculos se oponían a nuestro paso? ¿Era la pared vertical, el ángulo hacia afuera, la roca lisa? Nada de eso; era una saliente de roca, a modo de panza de burra, que obstruía la grieta, la chimenea, el paso por donde nos escurríamos, avanzando sobre el precipicio por encima de la cabeza de Gregorio.

Este tanteaba a derecha e izquierda, por ver si encontraba asidero alguno; pero todo era inútil. Yo subí hasta llegar junto a él, y, por mi parte, también escudriñé lo que pude, pero con igual resultado. Habíamos llegado a lo verdaderamente impracticable, a lo inaccesible. Tenía yo mi cabeza a la altura de la cintura del *Cainejo*, y estábamos ambos quietos, sin decirnos nada, presintiendo la honda tristeza que iba a apoderarse de nosotros al comparar las penalidades sufridas con el poco fruto de tanto esfuerzo.

No sabíamos a qué altura estábamos; pero presumíamos que no debería faltar mucho para llegar a la cumbre. La nube había empezado á clarearse por encima de nosotros, y era algo así como anuncio de un Paraíso perdido para los que iban ya teniendo la conciencia de no poder alcanzarlo. ¡Qué habrá allá arriba, en aquella cima inmaculada, adonde nunca llegaron los hombres! Así estábamos los dos, mudos, esperando sin duda que alguna inspiración divina nos determinase algo, cuando, para cambiar de postura, tropezó mi mano izquierda con una grieta ocul-

bamboleándose en el espacio; es de pita, y quizá tarde algunos años en pudrirse.

Los pasos que siguieron a éste, difícilísimo, no le aventajaron mucho en comodidad, y a cada instante temía por mi buen compañero.

La panza maldita la bajamos por el procedimiento de la subida, y no hacía mucho que la habíamos abandonado, cuando una nueva imposibilidad de descenso para el *Cainejo* se nos presentó delante: ¿Qué haríamos? ¿Cortar la cuerda de nuevo? Eso sería exponernos a quedarnos sin ninguna, o poco menos, y, para lo que aun nos faltaba, era completamente indispensable. Una nueva reflexión me sugirió una nueva idea: —¿No habrá por ahí algún saliente firme de peña?—le pregunté—Aquí hay uno—me dijo—. Pues desatémonos los dos y echemos la cuerda por encima; yo tendré aquí fuertemente los dos cabos y usted se descolgará por dos cuerdas, en vez de hacerlo por una; al llegar a mí, tirando de un extremo, nos quedaremos con ella.

Porfiaba el *Cainejo* que la cuerda no daría para tanto; yo le aseguraba que sí, y, por fin, los hechos me dieron la razón. Gregorio llegó a mis hombros sano y salvo, y tirando por un extremo... la cuerda no venía; se había enganchado arriba... Tiramos por el otro extremo, aflojamos el contrario, tiramos de nuevo; nada. Entonces, haciendo un supremo esfuerzo, me subí lo que pude, imprimí un fuerte movimiento ascensional en S, a la cuerda, y, dando un buen tirón, nos quedamos con ella.

Cerca ya del primer gran saliente, descanso o sille-

ta del Naranjo, adonde habíamos llegado por las llambrias y la llambrialina, se empeñó Gregorio en que, torciendo un poco a la derecha, es decir, hacia ellas, tendríamos mejor medio de bajar. Enemigo yo de toda innovación en estos casos, y acordándome que más vale malo conocido que bueno por conocer, le declaré mi parecer contrario, salvando en absoluto mi responsabilidad si se decidía a ello; pues yo no quería contrariarle, dado que él iba siempre en lo peor y que tenía una memoria cien veces superior a la mía en cuanto a recordar las sinuosidades de la peña por donde habíamos pasado.

Admiraba su memoria; tenía cierta fe en sus seguridades, y me abandoné a sus propósitos. «Crea usted—le dije—que yo, en su lugar, me perdería cien veces»; porque no hay que olvidar que la niebla nos envolvía por completo; lo que sí era cómodo en una grieta donde no cabía perderse, era sumamente peligroso allí donde la grieta, ramificándose en las llambrias, desaparecía. Por eso mis temores eran de sobra fundados, siendo tanto así, que a las siete de la tarde ya no sabíamos dónde estábamos... «Lo ve usted», fué todo lo que le dije.

Aguardamos un poco a ver si alguna brisa descorría la nube, a ver si se hacia algún claro. Este apareció, y tan sólo divisamos una pared, cortada a pico, a nuestra cabeza, y otra, cortada a pico también, a nuestros pies... Volvimos hacia atrás, a duras penas, escudriñando con ojo avizor cuanto pudimos por las llambrias, cambiando pareceres por el sitio hacia donde caería la llambrialina. Nos desatamos; Gregorio,

no sé cómo, se perdió en la nube; yo me quedé con la cuerda, pensando en la noche de muerte que íbamos a tener que pasar atados a las rocas, y ante perspectiva tan poco seductora, reduplicué mis esfuerzos indagatorios, metiéndome por sitios de donde luego con gran dificultad salía.

Eran las siete y media; empezaba a oscurecer, y yo a pasar un mal rato, cuando resonó la voz de Gregorio: «¡Don Pedro, ya pareció la llambrialina!»... Se había orientado por el estiércol de un vencejo de montaña que vió a la subida. ¡Qué hombre!

Y aquí puede decirse que terminaron nuestras penas. La llambrialina, después de lo pasado, y atados, la atravesamos como si tal cosa. No lejos, estaban los morrales. Cuando llegamos a ellos, un chorizo, cogido a escape y comido andando, nos llevó a la fuente de la mañana, que medio agotamos. La noche cerrada nos cogió a la entrada de la canal de Camburero. Nos perdimos de nuevo; dimos voces a los pastores, y tan sólo contestaron las piedras que desprendían los robezos, a quienes habíamos despertado. Comprendimos que estábamos aún muy altos, y bajamos más y más por entre infames peñascales. Una voz honda y lejana respondió por fin a las nuestras. Los pastores nos habían oído. A las once de la noche entramos por sus cabañas. Era el 5 de agosto de 1904.

PEÑA - SANTA

Muy altos son los Urrieles:
altos que ya maravilla;
pues más alta es Peña-Santa,
que se ve toda Castilla.

Castilla parece que se iba ensanchando delante del caballo del Cid; pero Castilla parece que no puede ensancharse más desde el alto de Peña-Santa. ¡Peña-Santa! Es el avance de los Picos de Europa sobre Castilla y sobre Asturias. A sus pies está Covadonga, y a su espalda Caín: las tierras benditas y las tierras malditas, respectivamente. La componen dos peñas: Peña-Santa de Castilla, y Peña-Santa de Asturias. Sobre la cumbre de esta última se divisa casi en su totalidad el Principado. ¡Cuántos años hacía que no había visto a mi peña querida! ¡Cuántos años que no había dormido al pie de tus nieves, ni cazado el rebeco en tus laderas! ¡Cuántos años que tus aristas colgantes no me habían despertado al mundo de las emociones, del escalamiento y de los precipicios!...

On y revient toujours à ces anciennes amours, dice el refrán, y no hay nada más cierto.

Aun recuerdo el febril anhelo y las ansias y el ar-

dor infinito con que yo subía, y subía sin cesar, desde Covadonga, cargado con mi rifle por la áspera pendiente y las pintorescas majadas que dan acceso al lago de Enol, para desde allí alcanzar las últimas chozas, habitables por el verano, de la Rondiella.

Más arriba, empieza la región de los precipicios, de los rebecos y de las nieves, y ya allí, en plena soledad, en plena montaña, en pleno cazadero, me sentía yo en pleno paraíso, rodeado de musgos, de líquenes y de rododendros, expuesto al riesgo de sorprender un robezo a cada asomada, de verlo coronar algún pico, de descubrir un nuevo valle, de tropezar alguna gruta, de tener que salvar un mal paso.

Todo eran emociones, y yo, en medio de aquellas rocas, me creía el superhombre, porque luchaba cuerpo a cuerpo con la Naturaleza, como pudiera hacerlo cualquier antepasado de la Edad de Piedra...

Así es que, al llegar a dar vista al Requechón, en las faldas de Peña-Santa, con su Forcadona y su Forcadina, por donde se escapan los rebecos, se redoblaba mi entusiasmo, y «¡Arriba!», «¡Arriba!», parecía gritarme una voz interior, que me arrojaba a lo alto, al azul del firmamento, cortado por la caliza clara de la peña esbelta, en cuya falda dormían glaciares de nieve inmaculada... «¡Arriba!», «¡Arriba!», parecían decirnos los puntos apenas perceptibles en que nuestros gemelos veían las gamuzas... «¡Arriba!», «¡Arriba!», decían las águilas y los buitres que se cernían majestuosamente en el espacio...

Siete años hacía que no había yo estado en Peña-Santa, en el grupo occidental de los Picos de Europa;

pues el grupo central, el de los Urrieles, el Naranjo de Bulnes, Peña Vieja y Cerredo, el de los Tiros del Rey, me había robado la atención por completo. Vuelto a mis antiguos amores, salí de Covadonga con mis hermanos entonando cánticos a la dicha suprema que renovaba las emociones puras de la edad sencilla, y mientras la catedral y la cueva se iban quedando allá abajo, nuevas cimas surgían de todos los puntos del horizonte. Al dar vista a la pintoresca Vega de Comeya, un ¡hurra!, con el sombrero en la mano, desde nuestros caballos, fué el saludo entusiasta a la súbita, aunque lejana, aparición de los Urrieles.

Al final de la Vega de Comeya, una cuesta, un cable, unas torres y unos calderos de la The Asturiana Mines Limited. Todo un transporte aéreo. ¿Quién dijo miedo? ¡Al caldero!

Dejamos nuestros caballos, nos metimos cada uno en un cajón de hierro, y mucho peor que si fuésemos en globo, pues el ruido del cable en que íbamos colgados no tenía nada de halagüeño, salvamos unos cuantos precipicios y llegamos arriba, a la Picota, a la casa-gerencia de las minas de manganeso de los ingleses, donde Mr. Mackenzie, el simpático ingeniero gerente, pretende tener el mejor balcón del mundo. Este balcón enfoca directamente a Peña-Santa.

De esta casa partió el año pasado un notable geógrafo francés, el conde de Saint-Saud, que hizo la topografía de aquellos lugares. Este año, un alemán, M. Schoulze, estudia la geología con toda la calma y seriedad propia de su raza. Es un joven muy simpático, alpinista distinguido, y uno de los siete funda-

dores de los alpinistas de la Academia, tan extendidos hoy por toda Alemania. Se prepara para entrar de profesor en la Universidad, y sus oposiciones consisten en un trabajo geológico sobre los Picos de Europa.

De esta casa partimos al día siguiente todos, en compañía del alemán, después de haber dado gracias a los ingleses por su amable hospitalidad, y nos dirigimos a los Picos.

No hacía mucho tiempo que habíamos dejado el lago de Larcina, cuando el alemán, rompiendo con el martillo que llevaba una piedra, gritó:

—¡Oh, esto es muy interesante! Yo decírselo a los ingleses: ¡el manganeso viene de arriba!

Al poco rato mis hermanos gritaban:

—¡Los rebecos, los rebecos!

El alemán me coge por el brazo, y me dice:

—¡Allí va, allí va!

—¿Quién?—le pregunté—, ¿el rebeco?

—No: el filón.

Los unos, corrieron por la derecha; el otro, tomó por la izquierda, y yo, que ya venía encandilado con Peña-Santa, tomé de frente: la majestad de sus formas, la blancura de su nieve y el azul del cielo me atraían sobremanera. Cuando la miré con el anteojo, los rebecos estaban sobre la cumbre.

Por todas partes se había subido a Peña-Santa, menos por el Este. Por este lado había que subir, y subí tan sigilosamente como pude, a fin de sorprender a los rebecos. Sólo tuve dos malos pasos: uno no me atreví a pasarlo, porque el Mauser en la espalda

me impedía escurrirme en mi emparedamiento por la grieta, y tuve que bajar unos veinte metros; otro lo pasé a modo de serpiente; esto es, arrastrando el busto sobre un lomo cubierto de hierba, de medio metro de ancho por dos de largo, con pared lisa a la derecha y precipicio más que regular a la izquierda. Estaba cerca de la cumbre, y al pasarlo así sentí muy cerca de mí hendir el aire: el buitre o el águila que pasó hubiera muy bien podido despeñarme.

Una vez arriba, los robezos habían desaparecido. ¿Por dónde? No lo sé. Acaso estuvieran debajo de mí; pero no era cosa de indagar mucho, echando el cuerpo fuera, a aquellas alturas. Me senté a contemplar el paisaje, pues tenía a mis pies media Asturias: desde Peña Obiña y la Cigalia y el Aramo, hasta mí, veía todos los montes, y la mar de pueblos sepultados en lo más profundo de los valles: los de Pajares, Aller, Caso, Ponga y Amieva; veintitantos términos y cincuenta y tantos valles al Oeste. Por el Norte, subía el mar tanto como yo, y desaparecían, minúsculos, el Suevo y la cordillera de Cuera. Al Este, se levantaba la formidable barrera de los picos centrales: Llabrión, Urrieles, Cerredo, Cabrones, Neverón y el Trave. Y al Sur, los montes de León y Peña-Santa de Castilla. Los primeros términos eran verdes, los segundos azules y los últimos rojos. No sabía separarme de allí, y debía hacerlo; pues llevaba cerca de dos horas sobre la cumbre y el sol no estaba lejos de llegar a su ocaso.

¿Por dónde debo bajar?, me pregunté. Por el Norte: primero, porque es la bajada más corta; segundo,

porque es la dirección hacia donde deben estar las tiendas de campaña, y tercero, porque si me deslizo por el enorme ventisquero de *cemba vieya* (glaciar viejo), vuelo al pie de la peña.

En Gavarnie, debajo de la Brecha de Roldán, acostado sobre la nieve y sujetando poderosamente el rifle con las manos, me escurrí por un gran vestiguero, frenando mi caída la culata de mi escopeta, que bajaba mordiendo la nieve. Así llegué al pueblo una hora antes que el guía. ¿Por qué no había de intentar ahora lo mismo?

Veinte minutos debí tardar en bajar desde la cumbre de la peña a la parte superior del ventisquero. La nieve tenía unos cuatro o cinco metros de espesor o de altura, y metro y medio escaso la separarían de la roca por donde yo bajaba. Se me ocurrió dar un salto, pero lo juzgué excesivamente temerario. Cuando, una vez abajo, empecé a subir los cuatro o cinco metros de espesor, comprendí cuál hubiera sido mi locura. ¡La nieve estaba helada! A fuerza de golpes de culata de Mauser hice una hendidura para mis alpargatas, hasta cabalgar sobre el vertice del gran nevero helado.

Una vez arriba, empezó a helárseme la sangre, pues faltó de botas con clavos, y de *piolet* con que tallar los pasos, ni siquiera tenía, como en Gavarnie, un rifle muy pesado, con placa de hierro en la culata. Así es que estaba enfrente de un dilema: dar vuelta atrás y desandar lo andado, o ensayar una *glissade* o resbalamiento sobre la nieve, que no estaba lisa y aparecía llena de ondulaciones o achaflanamientos.

Quise, echándome de la parte de afuera, ensayar un poco si agarraría la punta de la culata del Mauser, y para ello di dos o tres vueltas al portafusil en el brazo izquierdo y dos o tres golpes sobre la nieve. Resbalé y... ya no había dilema: salí como una flecha, procurando moderar la velocidad con el arma. Aquello no fué deslizamiento; aquello fué una serie de golpes en la culata del fusil, debidos al achaflamiento u ondulaciones de la nieve, y cada vez mayores, a medida que la velocidad de mi caída aumentaba.

Cada golpe era más fuerte que el anterior; cada sacudida más brusca; el Mauser se me rompió en dos pedazos, chocando contra mi cabeza, y en vano procuré retenerlos: nuevos golpes me los arrancaron de las manos, y entonces, solo, abandonado, sin medios, sentí que volaba, que mi cuerpo inerte se sacudía brutalmente contra la dureza del suelo, y que dentro de unos segundos sería una masa inerte e inconsciente. «Yo lo quise—pensé—: me estoy despeñando, y al primer embite contra la peña me voy al otro mundo sin darme cuenta de ello». Porque la peña me rodeaba por todas partes: peña a la derecha, peña a la izquierda, peñas en medio y peñas abajo para recibirme. Me di por muerto. Veía de un momento a otro el choque fatal, terrible, que me desvencijara por completo, que rompiese mis huesos y aventase mis sesos, si es que me quedaba alguno por haberme metido en trance semejante, y a pesar de tales seguridades fúnebres de mi espíritu, el instinto trabajaba siempre por mí hasta el último momento, impidiendo que

bajase de cabeza y convirtiendo mis extremidades heladas en verdaderas garras de felino...

¿Cómo fué? Yo no lo sé; lo cierto es que, con ansias supremas de muerte y crispadura de dedos, logré detenerme sobre la nieve, cuando no faltarían quince metros para llegar abajo... Febo, sin duda, había lamido a su paso la parte inferior del ventisquero y había ablandado la nieve. Inmóvil, incrustado en la pared blanca, sentía caer la sangre de mi cara. No sé cómo, me puse de espaldas, y una vez así, bajé los quince metros a fuerza de taconazos y de codos.

Cuando me puse de pie sobre la peña, y me cercioré que no había más roturas que las de la piel, me encontré con los pantalones en la cintura y con el chaleco y la chaqueta en los sobacos. El rifle, el sombrero y el reloj habían desaparecido. Al ir en busca de mis compañeros me encontré con el alemán, que, alma buena y caritativa, con botas con clavos y con *piolet*, volvió al cabo de dos horas al campamento con mis objetos recuperados.

—«Rodar usted doscientos cincuenta metros—me dijo—. ¡Usted querer matarse!»

Le di un abrazo, las primicias de nuestras conservas y mi cama. Yo dormí al sereno, sobre el santo suelo, metido en un saco de piel de oveja y contemplando las estrellas.

Para estrella, la mía.

4 Octubre 1907.



Precio: 25 céntimos.

